

# Scientific Journal of Applied Social and Clinical Science

## LAS VOCES DEL LEVIATÁN

---

*Hugo Javier Carrillo Vega*  
Universidad de Monterrey

All content in this magazine is licensed under a Creative Commons Attribution License. Attribution-Non-Commercial-Non-Derivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0).



**Palabras-clave:** estado, libertad de expresión, redes sociales, identidad personal, derechos humanos

Entre la necesidad de formar una memoria histórica y la dialéctica de la imposición, se entreteje la nada ontológica. En 1651, Thomas Hobbes escribió su obra maestra *El Leviatán*, a través de la cual, presenta de manera innovadora dos conceptos que a la fecha permanecen vigentes: a) el estado contractualista y b) la tensión del poder. Cuando hablamos del Estado contractualista, basta con saber que es el resultado del *acuerdo o pacto común*, es decir, el Estado es producto de un acuerdo de voluntades, donde no solo se llega a la concurrencia de desear formar una representación social, sino que para garantizar su prevalencia y poder, los individuos renuncian a su libertad individual y al poder que pueden ejercer entre sí.

Entre los filósofos contractualistas, existen múltiples justificaciones para la creación del Estado, el sentido común, el uso de la razón, la persecución de la felicidad, o en el caso de Thomas Hobbes, *el miedo*. Dice el filósofo inglés que el ser humano, al cobrar conciencia, se percata de que se encuentra inmerso en *el estado de la naturaleza*, en donde permea la voluntad del más fuerte, sin embargo, esa volición preponderante es a su vez víctima de la alternancia, con el devenir existencial: cada vez llegarán individuos más fuertes que los dominantes en turno, esto naturalmente arroja a los individuos a una situación de caos, incertidumbre y aún más miedo.

Dentro de la situación de pánico en la cual residen los individuos, resuena con suprema intensidad una voz que clama por la supervivencia a toda costa, la cual, parece imposible de alcanzar al individuo racional mientras continúe vigente el *estado de la naturaleza*. Si los individuos somos naturalmente diferentes (en cualidades,

condiciones o características), es esencial alcanzar una cierta igualdad, al menos de condiciones, para salvaguardar nuestra integridad e incluso, la propia vida. Esto motiva justamente a los individuos a renunciar a su libertad particular, sea alguien débil conforme a las condiciones predominantes en el *estado de la naturaleza*, el deseo naturalmente estará en cristalizar dicha igualdad. Por su parte, al pertenecer a la clase dominante en turno, una breve recapitulación histórica demostrará la alternancia por la inestabilidad del *estado de la naturaleza*. Por ello Hobbes solo encuentra sentido en formar un Estado: impulsados por el *miedo* en el que se vive en el *estado de la naturaleza*, “los hombres no encuentran placer, sino muy al contrario, un gran sufrimiento al convivir con otros allí donde no hay un poder superior capaz de atemorizarlos a todos” (Hobbes, 2010, p. 103).

A mayor ahondamiento, sin el dominio de un poder superior, el ser humano se encuentra inmerso en un estado de guerra continuo, cuya única estabilidad es la certeza del caos “en una condición así, no hay lugar para el trabajo... y lo peor de todo hay un constante miedo y un constante peligro de perecer con muerte violenta” (Hobbes, 2010, p. 104). Incluso, la pretensión de *progreso*, está implícita en la artificialidad de un pacto común que permita el progreso, el trabajo y el desarrollo, el rumbo que ese progreso ha de tomar, es justamente la problemática que se expone en este trabajo, previo a ello, es importante esclarecer las tensiones en el ejercicio del poder artificial, de la mano de la creación del pacto social.

La formación del Estado, encamina a los individuos a la creación de conceptos tales como *moralidad* o *justicia*, ¿con base en qué se definieron estos conceptos que al día de hoy continúan siendo tan complejos? Particularmente, tomando como referencia que la situación previa era el caos del *estado de la naturaleza*, ¿parecería adecuado pensar

que estos conceptos se fundan y desarrollan en virtud de preservar la vida? Dice Hobbes que la respuesta reside en la capacidad de los individuos de haber identificado *la primera ley natural*, la cual consiste en “preservar la paz en la medida de lo posible” (Hobbes, 2010, p. 106). Esta máxima alcanzada por la razón, justifica cualquier renuncia del individuo a su libertad particular, bajo la salvaguarda que, depositando su albedrío en el poder artificial del Estado, a pesar de someterse a igualdades innaturales, se permanecerá en un estado de paz. Todas las normas, leyes o principios, así como conceptos, narrativas históricas o dialéctica política y social, se guiarán bajo la máxima de la preservación de la paz, pero ¿qué nos garantiza la inmutabilidad del concepto de *paz*?

En la visión de Hobbes, el poder creado mediante la renuncia de la libertad individual, es ejercido por el *soberano*, puede ser una asamblea, un monarca, puede hacerse por la fuerza por elección popular (aunque este último punto pareciera contradictorio), a dicho Estado gobernado por un *soberano*, Hobbes le llama *Estado instituido*, el cual, además de poder ejercer el poder, se vale de la creación de reglas y normas para cumplir su propósito, que en este caso, es preservar la paz a toda costa, de ahí que quien esté en contra del soberano, será castigado con la separación, que puede suponer el exilio o la muerte.

Hasta hace algunos años (quiero pensar de manera genérica en la época predigital), era válido afirmar que el poder aún residía en el soberano y que no había criatura más poderosa que el Leviatán; sin embargo, la historia reciente, tanto política en su vertiente ideológica, como social, en problemas tan serios como la identidad personal y colectiva, nos han llevado a reformular esta obsoleta aseveración. En la contemporaneidad, han surgido criaturas de envergaduras inimaginables, que han doblegado al Leviatán a un punto de

quiebre: a) la asociación o b) la confrontación. En ambos casos, el Leviatán se convierte en el instrumento del poder desconocido. La justificación del ejercicio del poder del Leviatán hasta antes del surgimiento de estas nuevas criaturas, estaba amparado en la persecución de la paz; en la época contemporánea, se justifica en sí mismo, es decir, en la capacidad de utilizar el poder. El poder es fin y medio, cuyo vehículo por excelencia es el discurso, esto quiere decir que, las nuevas bestias son comunicativas, sea en su forma de plataforma para proyectar y expeler comunicación o en su forma de tendencia, demarcando lo aceptable y la estigmatización del loco.

Esta última idea, quisiera asociarla con el rechazo, el exilio del Leviatán, decía Michel Foucault que el surgimiento del término *loco* en la medicina clínica, era una justificación para desestimar la opinión de una persona, que si bien, la realidad práctica nos ha demostrado la existencia de funcionalidades neurodivergentes, la categorización de *loco* es una estigmatización despectiva, con la que se pretende validar no solo el aislamiento o la separación, sino una forma de castigo, como resulta de la supresión de algunos derechos civiles. ¿Quién es el *loco* en la actualidad? Dependerá de los intereses de las voces que hoy gobiernan al Leviatán.

Cuando el Leviatán descubre el surgimiento de estas nuevas criaturas y decide medir su poder, inmediatamente se percata que cuentan con tal arrastre, que pueden destruir o reestructurar al propio Leviatán. No olvidemos los casos más recientes, México 2018 *benditas redes sociales*, primera exclamación dada por el recientemente electo presidente Andrés Manuel López Obrador; o la mecánica de juego de Donald Trump a través de *Twitter*, quien pasó de ser el bravucón de la red social, ridiculizando a todo tipo de personalidades, hasta que decidió medir su popularidad con una pregunta irónica

*¿votaríasporonaldtrump.com?* Lo que inició como un juego o una sátira, se transformó en un mecanismo de paralelismo discursivo, decíamos que el poder encuentra su fin en su propio ejercicio a través de las nuevas formas de comunicación, pues, su vehículo es el discurso, ¿cuál es el grado de receptividad hacia un discurso político?

En la contemporaneidad, me atrevo a decir que lejos de los intereses individuales, el impacto debe ser muy bajo, pero, ¿qué pasaría si ese mismo discurso o las ideas principales de ese discurso son replicadas por individuos que aparentan ser miembros del propio Leviatán y no del soberano?, ¿genera una cierta credibilidad? Como si la reiteración del discurso por el ciudadano promedio asemejara un filtro de credibilidad, esa credibilidad que la clase política ha desgastado a través de años de mal uso del poder soberano, ese que entregamos (algunos por herencia como el pecado original) a cambio de nuestra libertad individual. ¿Por qué?, probablemente porque asumimos que ese individuo es un símil, otro tipo que sufre las condiciones de residir en un juego de despliegues de poder, donde predominará el discurso con mayor paralelismo. El paralelismo es pues, la ilusión de fiabilidad de un discurso de mano de la repetición a través de diferentes individuos -pertenecientes al sector público y privado- utilizando diferentes plataformas.

Con el paso de los años y la comprensión del funcionamiento de las redes, vamos acrecentando el grado de exigencia para la credibilidad, pero, del mismo modo por su gran exposición, estamos ante un alto grado de vulnerabilidad a la persuasión ideológica o discursiva. ¿Estás teniendo un mal día? quizá sea por tu signo zodiacal; ¿te sientes fuera de lugar? Quizá necesites redefinir tu identidad física o mental, son medidas o respuestas muy drásticas, pero son la consecuencia de la continuidad en el vacío. Coincide que el

sitio en donde se recibe o vierte la mayor parte de la vulnerabilidad o busca arropo, es en las voces del Leviatán, es decir, en las redes sociales. Justamente su función es eso, una respuesta al sentimiento de soledad de los individuos, que, irónicamente acrecienta el aislamiento, es un depositario hueco en donde se vierten pensamientos destinados al olvido, que jamás harán eco en otro individuo, podrán ser leídos o replicados por algún otro individuo, o generar la ilusión de un sentimiento de familiaridad entre identidades desconocidas e incluso ajenas, ¿cómo sé que no estoy interactuando con un bot? Sea, el ente con el que interactúo o de quien, pensé haber validado el fenómeno del paralelismo.

A las afueras del Oráculo de Delfos, se leía la inscripción *conócete a ti mismo*, razón que motivó a la pitonisa a declarar a Sócrates el hombre más sabio. No era su conocimiento sobre las cosas, sino el saberse profundamente ignorante lo que le validó tal calificativo. ¿Qué podemos saber de nosotros mismos al estar expuestos a un bombardeo incesante de información inútil, amansamiento y la puesta en duda de nuestro propio ser? En una región que abandonó a la razón crítica, el presidente municipal baila una cumbia con un sector económicamente marginado; por su parte, el gobernador pasa el día registrando ¿cómo sería su vida si estuviera embarazado? Al colocarse una sandía en el abdomen, lo cual fue grabado y transmitido durante veinticuatro horas a través de *tiktok*, ¿qué es la clase política actual sino los patíños más simpáticos?, ¿qué esperamos en realidad del Leviatán respecto a la preservación de la paz, si es que sigue siendo su propósito? O ¿es acaso su finalidad la simple preservación del poder? ¿El Leviatán busca agrandar a las nuevas criaturas?, entonces, el Leviatán ya no busca la paz, sino conservar a toda costa el poder.

La reflexión en torno a las voces del Leviatán, ha sido objeto de mi estudio por los últimos cuatro años y aún no llego a una conclusión convincente de ¿quién está detrás de estas voces? Decía Marco Aurelio que estamos acostumbrados a atribuir las cosas a una sola causa, creo que esta reflexión es muy reveladora, detrás de la preservación del poder está un discurso preparado para lograr su cometido y, mucho atrás de este discurso, están los ejercicios del poder en donde se adecúa al gobernado a ser vulnerable, frágil y endeble a sus pretensiones ideológicas, sociales, políticas y económicas. Pudiéramos decir que las voces del Leviatán quizá solo son el producto de la vacuidad ontológica. Tiene pleno sentido, su funcionalidad reside en que los individuos carecen de todo tipo de valor intelectual o sentimental, limitándose a ser engranajes de la maquinaria económica, o incluso, solo quieren sobrevivir. ¿Qué tanto hemos abandonado al estado de la naturaleza? Si el objeto ya no es la paz, sino el ejercicio del poder, y si el individuo solo quiere pasar el día sin sucumbir, ¿qué tanto nos hemos alejado de la alternancia de poderes?

Cuando Ernesto Laclau (2012) se proponía estudiar el discurso populista, decía que eran indispensables tres componentes: a) el discurso, b) significantes vacíos y hegemonía, c) retórica. Me parece una de las mejores formas de ejemplificar de manera simétrica los discursos y a los individuos, el discurso es pues, el instrumento a través del cual, se realiza este ejercicio del poder. La retórica es el juego de las palabras y los sentimientos respecto al deseo de las masas. Sin embargo, los significantes vacíos y las hegemonías, son el elemento que me produce mayor fascinación, un significante vacío, es la ilusión de dotar de valor y contenido a una palabra que en realidad, no significa absolutamente nada. Esta vacuidad, precisamente, le atribuye el mayor valor posible al juego del discurso

populista, pues, le dota de condiciones camaleónicas; puede ser cualquier cosa. Ejemplifiquémoslo: existe una comunidad rural en donde no hay herramientas, recursos hídricos o agrícolas para trabajar el campo y la condición de pobreza extrema impide adquirir medios otra forma que no sea mediante ayuda del gobierno. Imaginemos que, para atender a esta problemática, el gobierno crea *el organismo para apoyar al campo* con él se compromete a que esta situación de imposibilidad de producción, cesará, ¿la creación de este organismo tiene algún impacto en la necesidad directa de los individuos de la zona rural? No, pero se tomó un cúmulo de necesidades, se les asemejó y pretendió atender de una misma forma, lo cual brindó tranquilidad a la ciudadanía que su problema sería resuelto. El significativo vacío es quitar el valor material o práctico a una palabra (como resulta de la mayoría de las dependencias gubernamentales) y unificarlo dentro de una necesidad común, de esta forma, en el espectro de esa vacuidad, se pierde el sentido de necesidad, nulificándolo mediante la idea de que todos los problemas han sido resueltos.

¿Es factible que las voces del Leviatán no sean sino la consecuencia del vacío ontológico que los individuos hemos gestado? Quizá ese mismo vacío sea el resultado de la idea del progreso, donde nos hemos empeñado en la producción y la satisfacción socio-económica por encima de la procuración del yo. Puede que el ritmo de la vida sea tan veloz, que detenerse a evaluar la dinámica de la vida esté fuera de toda posibilidad. Quizá atribuímos las voces del Leviatán a poderes maquiavélicos que controlan la sociedad desde sitios desconocidos, cuando pudieran ser la consecuencia de un eco vacío, que resuena por la improductividad de sentido humano, captivo entre paredes de ideas artificiales -donde rebota- tales como *la idea del progreso*,

en las obsoletas barreras que conforman el cuerpo del Leviatán, donde no hay rebote, sino la producción de aquellas voces que generan un constante estado de caos.

En *Vigilar y castigar*, Foucault (2002) presenta dos ideas que se alinean con suficiencia a las ideas expuestas en este texto: la estructuración del poder y la erección del panóptico.

Hemos ilustrado cómo es que el discurso es el vehículo que proyecta los mecanismos de control. Justamente, Foucault cuando se refiere al discurso, habla de dos cosas: *deseo y poder*. Un discurso al ser erigido, es precedido por una idea que ya fue medianamente aceptada y sometida a escrutinio, por ello, no es coincidencia ver que los discursos llegan en el momento justo que existe un acaloramiento ideológico, sacudiendo al menos a un segmento de la sociedad. La falta de alternancia en el poder, nos hace sospechar del consentimiento de movimientos controlados, pero ello sería materia de otra investigación.

Sobre el adormecimiento y el vacío ontológico, ¿no es este producto de la estructuración social y jurídica? Foucault expone la llegada de las escuelas, las universidades, la fábrica y el ejército, en cada una de estas instituciones, existen grados de jerarquía, normas positivas y normas en modo de transición que acompañan el cambio de paradigma en la vida de cada individuo. La escuela prepara para la universidad y la universidad para la fábrica, ambas guardan similitud en la distribución del horario, la designación de labores y funciones, la moderada y controlada posibilidad de progreso o avance, y una mesurada retribución, donde, en todo caso, destaca la distinción entre los individuos, creándoles la necesidad de reconocimiento por las instituciones. Una persona es el prototipo receptor de un discurso, porque ya ha sido acondicionado para serlo, ya es un bastión que

sirve al ejercicio del poder, sea por su debido adoctrinamiento, por su flexibilidad a favor del paralelismo discursivo, o por la aceptación de su función como engranaje social. Esta es una idea que ya había sido explorada por Fichte en su obra *Filosofía de la masonería*, en donde explicaba cómo no existen hombres libres, sino servidumbre a las cúpulas de donde emana el poder. Foucault toma una dirección distinta, el poder es impersonal, no es el séquito malévolo que suprime la individualidad de las personas, es el resultado de estructuras que se han gestado a favor de ciertos grupos privilegiados, no importa quien lo ostente, pues, este existe en las instituciones, en las estructuras sociales, en las empresas, cuarteles y centros de enseñanza, desde donde se evita cualquier tipo de oposición a la episteme. ¿Qué permite al individuo caer en ese sitio de privilegio? Probablemente las condiciones de perfeccionamiento, aprovechamiento o vinculación, con la potenciación de las estructuras de poder.

Por otra parte, el panóptico, “debe ser comprendido como un mecanismo ideal de poder”. “Sirve para enmendar a los presos, curar a los enfermos, instruir a los escolares, guardar a los locos, vigilar a los obreros, hacer trabajar a los mendigos y a los ociosos”. “Es aplicable bajo reserva de modificaciones necesarias. Permite perfeccionar el ejercicio del poder”. La propuesta de Bentham postulaba la creación de una prisión en la cual, desde el centro pudiera verse a todos los prisioneros, Foucault explica que el poder perfecto es el que pretende imitar al panóptico, que todos permanezcan visibles sin necesariamente estar siendo observados, pero que mantengan el temor y la certeza de que en cualquier momento pueden ser vistos. El panóptico expresa una forma de poder “visible pero inverificable”. “Poco importa quien ejerza el poder, el poder se ejerce con un mecanismo panóptico, desindividualizable” (Foucault,

2002, p. 201-211). El panóptico también sirve para experimentar con los individuos, permite nuevas formas de encauzamiento o control. El panóptico permite comprender el funcionamiento del poder en la vida cotidiana de los hombres.

Contrario a la idea de Foucault, que el panóptico es el resultado de la creación de una estructura desde donde se ejerce el poder, que en aquél momento se asociaba con el registro ante las instituciones que ostentan el poder (órganos administrativos), la época contemporánea ha demostrado que las plataformas o *voces del Leviatán*, son el vehículo por excelencia de observancia: todos sabemos perfectamente que estamos siendo inspeccionados en todo momento, al grado en que incluso recibimos publicidad adecuada a nuestras inquietudes, deseos o necesidades ¿Qué pasa?, que nuestras inquietudes solo pueden ser saciadas conforme a las reglas del reconocimiento, en el panóptico. Comportarse como un individuo ejemplar tiene como recompensa premios medidos y mesurados conforme al anhelo del individuo, suficiente como para una pequeña saciedad e insuficiente para forzar al individuo en su celda a continuar la producción controlada y supervisada. Tal es el grado de (in)consciencia cuando nos registramos en alguna de las plataformas, que brindamos sin distinción todo tipo de información personal, qué más da, lo importante es no sentirse exiliado del Leviatán y lidiar con la complejísima labor de conocerse a sí mismo y obligarse a ser una persona con contenido óptico.

Cuando pienso en los problemas en torno al contenido óptico, la verdad, el conocimiento y la libertad, pienso en Platón, aunque en *República* se muestra a favor de una especie de totalitarismo, está validado en la pretensión del retorno del alma al mundo de las ideas, pero mi pensamiento oscila en el gran problema que Platón nos legó mediante el concepto de *verdad*. En Fedón, decía Platón que la

verdad existe en el mundo de las ideas, que es indivisible, imperecedera, bella y justa, que todas las almas le circundaban en la llanura de la verdad, que las almas tienen diferente grado de proximidad a la verdad, que aquellas que alcancen mejor alimento (más conocimiento) serán más ligeras y tendrán mejores alas, en cambio, las que se rezaguen, acumularán peso y sus alas se debilitarán, ocasionado que eventualmente deriven hasta que en su paso por la tierra, se prendan al cuerpo, quedando atrapado en este hasta que mediante el debido conocimiento (reminiscencia) logren recuperar sus alas y regresar al mundo de las ideas. Pienso en esto porque Platón nos convenció de la idealización de la verdad, en donde esta *es*, y siempre que *es*, la encontramos con sus características habituales: lo bueno, lo bello, lo justo, lo inmutable.

¿Cómo nos sirvió ese concepto de verdad en la realidad práctica? Probablemente nos forzó a crear fanatismos, llenarnos de incredulidad y sembrar la idea que existe entre nosotros y la verdad, un abismo, al ser la verdad algo tan inalcanzable, ¿qué expectativa tengo de encontrarla en este plano físico? Más aún, ¿cómo le exijo al prisionero del panóptico que luche por despojarse de las cadenas imaginarias que revelan su ubicación y posibilitan que sea vigilado? No solo Platón nos legó la distancia respecto a una verdad perfecta e idealizada, sino que satanizó a la retórica, entendida como la verdad ¿argumentada?, ¿construida?, ¿adecuada?

Tal es lo que hace la ciencia, según Thomas Kuhn en *Las estructuras de las revoluciones científicas*. Solo se generan paradigmas plausibles; no es que se haya desenmascarado una verdad absoluta. Si a la ciencia no le exigimos la idealización, ¿por qué generar tal distancia frente a los individuos ordinarios? El propio Feyerabend en su anarquismo señalaba la conveniencia y adecuación de la ciencia. Mi punto debe ya ser muy notorio, tenemos una

predisposición a la credulidad por una noción de rechazo o desprecio a la verdad. Mi crítica no es hacia el concepto de la idealización platónica, pienso que la alegoría de las alas es perfectamente adecuada para corresponder a una analogía entre conocimiento y libertad, del mismo modo que la retórica esclaviza a favor de la practicidad y la conveniencia (tiene su utilidad y plausibilidad del mismo modo). ¿Cómo podemos fortalecer nuestras alas en la artificialidad de la comunicación?, entre discursos que emanan poder y deseo, el depositario vacío que contiene el sentimiento de soledad y sufrimiento humano que hemos llamado *las voces del Leviatán*, y el aislamiento continuo de los individuos.

Sobre esta última idea, Byung Chul-Han (2020) en su obra *La desaparición de los rituales*, habla de la extinción de los ritos y los símbolos. Para Chul Han, los ritos tienen un sentido de pertenencia y participación real, los describe como “acciones simbólicas que transmite y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada a una comunidad”. ¿Quién rinde hoy en día honores a la bandera? Los ritos son una celebración de la identidad, que permite arraigar valores de identidad social y, a consecuencia de ello, individual. La celebración de la cultura no extingue la individualidad, al contrario, la dota de sentido. La digitalización ha revolucionado el sentido de la comunidad y con la extinción de los ritos, hemos intercambiado los símbolos por la información y los datos. Ahora no existe algo a lo que la comunidad dote de valor universal, pues, al no existir interacción física y su celebración en los ritos, desaparece el reconocimiento. En cambio, los estudios que extraen la información de los individuos, permiten conocerle, catalogarle y conducirlo en las diferentes dimensiones de la comunicación ya sea con discursos verbales o gráficos; la comunidad desaparece en ese sentido, pues, los datos carecen de fuerza simbólica.

La debilidad frente a los discursos es tal, que, por una parte subyugan nuestra ideología, identidad e idiosincrasia y por otra parte, nos absorben, nos hacen parte de él, tanto por la interacción a través de las plataformas de donde estos emanan, como por la falta de contenido óptico. El primer rasgo del individuo es el saberse parte de una comunidad, sea la familia, sea la sociedad, sea la región o el país, de ahí, si logra desarrollar su psique, discernirá de aquello que desea y aquello que no, pero de manera libre (en la medida de la posibilidad, alejándose de aquello en que originó su identidad para elegirla, desarrollarla y moldearla) siempre y cuando logre sobreponerse a ambos obstáculos, la imposición ideológica mediante el poder del discurso y la pertenencia mediante absorción como consecuencia del despliegue del poder del propio discurso. Explicaba Charles Taylor en *Fuentes del yo*, basándose en *El Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, al ser humano le caracteriza la capacidad de conciencia, es decir, puede considerarse a sí mismo como una cosa pensante, “tener conciencia siempre acompaña al pensamiento” (1996, p. 318). En palabras de Charles Taylor, tenemos concepciones del mundo y estas son síntesis de ideas que recibimos de la sensación y la reflexión. Tenemos el gran problema de que habitualmente esa recepción y reflexión se verán influenciadas por la costumbre, la pasión o incluso por la educación, ello hará que esas síntesis sean adquiridas sin conciencia o buenos fundamentos, entonces, estaremos inmersos en una dinámica donde creemos y aceptamos aquello que se nos presenta por parecer sólido o al menos, congruente. La gran mayoría de las veces, estas ideas, carecerán de fundamento, de ahí la labor de utilizar la conciencia para reflexionar sobre ellas. Sin embargo, como esas nociones son vehículos de nuestros pensamientos, nos es difícil aceptar que se pongan en tela de juicio.

Es decir, mientras tenemos las herramientas racionales para confrontar el problema de la verdad, el ejercicio del discurso como vehículo del poder, la imposición ideológica y, en teoría, la suficiencia para desprendernos de las voces del Leviatán en su sentido dual. Nos cuesta rechazar aquello que se presenta *preaprobado* en nuestra realidad, sin mencionar que, tal como explicaba Foucault, hemos sido preparados para aceptarlo todo, adicionado a que históricamente nos han dicho que la verdad es imposible de alcanzar.

Cuando Hans George Gadamer (2012) pretendía elaborar una buena teoría hermenéutica, se preguntaba si era posible hacer interpretaciones fuera de dos conceptos fundamentales en su teoría para la comprensión de las ciencias del espíritu: tradición y prejuicio. Por tradición, entendía la herencia de una cosmovisión, mientras que por prejuicio, las inquietudes o dudas frente al fenómeno que se desea comprender, al notar

que la respuesta sería negativa, acude al círculo hermenéutico de Heidegger, a través del cual, se exhortaría a visualizar el fenómeno desde todos los puntos posibles, de tal manera que al circundarlo, seríamos capaces de dilucidar todos los puntos, perspectivas o ideas que colisionan cuando queremos aproximar el fenómeno, ello garantizaría una adecuada comprensión, entendiendo particularmente, que somos incapaces de observar algo sin estar vinculados por un sesgo o en su vocabulario, un prejuicio. Quizá la problemática no radique en los fenómenos emergentes con el devenir de la historia, la conciencia y la existencia, sino en nuestra incapacidad de adoptar tantas perspectivas como sea posible, para poderlo dialogar a profundidad y comprenderlo, claro que, ¿si tomásemos todos los puntos de vista en miras de comprender, seríamos capaces de tomar una postura tajante frente a lo indeseado, incorrecto o inmoral?

## REFERENCIAS

Hobbes, T. (2010). *El Leviatán*. Gredos Edición Grandes pensadores.

Chul Han, B. (2020). *La desaparición de los rituales*. Herder.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI.

Gadamer, H.G. (2012). *Verdad y método*. Sígueme.

Kuhn, T. (1971). *Estructura de revoluciones científicas*. FCE.

Laclau, E. (2012). *La razón populista*. FCE.

Taylor, C. (1996). *Fuentes del yo*. FCE.

Fichte, J.G. (1997). *Filosofía de la masonería*, Istmo

Platón, (2010). *República*, Gredos

Platón, (2010). *Fedón*, Gredos

Platón, (2010). *Fedro*, Gredos

Kuhn, T. (2013). *Estructuras de las revoluciones científicas*, FCE.

Feyerabend, P. (2014). *Límites de la ciencia*, Paidós.

Marco Aurelio, (2022). *Meditaciones*, Alma.